

RECORDANDO A FREDRICH KATZ

Luis Barrón

En octubre pasado murió mi maestro Friedrich Katz, historiador de origen austriaco que, en sus obras, reflexionó prácticamente toda la historia de México. Enamorado profundamente de nuestro país, el doctor Katz, poco a poco, por más de 70 años, se fue haciendo mexicano, y murió a los 83 dejando atrás no sólo varias obras ahora clásicas de la historiografía sobre México, sino una influencia definitiva entre quienes estudiamos la Revolución mexicana e incontables colegas y amigos, que lloraremos, sin duda por muchos años, su ausencia.

Friedrich llegó a México como refugiado a los 12 años de edad, después de que su familia había huido de su natal Austria, de Francia y de los Estados Unidos, países todos que le negaron el asilo a su familia, pues su padre, judío y comunista, cargaba con esos dos pecados imperdonables en la Europa de los años treinta del siglo pasado. Para cuando llegó a México, ya hablaba alemán, francés e inglés, y aunque su padre decidió inscribirlo en el Liceo Francés para que sacara provecho de su manejo del idioma y continuara con sus estudios básicos, aprendió rápidamente el español también. “El México del general Cárdenas nos recibió y nos dio, a mí y a mi familia –nos contaba a sus alumnos– una nueva oportunidad para sobrevivir en libertad. México, para nosotros, era un gran país, en el que nunca fuimos perseguidos ni por nuestras creencias religiosas ni por las políticas”.

Al terminar la preparatoria se inscribió en la Escuela Nacional de Antropología, en donde cursó la licenciatura en historia, titulándose con una tesis sobre los aztecas, que se convirtió en su primer libro. De regreso en Europa, terminó su primer doctorado en Viena, y el segundo en Berlín, en los que trabajó la relación del régimen de Porfirio Díaz con Austria. En 1968, Katz vivió la represión estudiantil en Tlatelolco, en donde habitaba el departamento de su gran amigo Enrique Semo, con quien había intercambiado vivienda justo por ese año. A partir de 1970 comenzó

su carrera en la academia norteamericana, primero en Texas y luego en la Universidad de Chicago, en donde enseñó la historia de México y de América Latina por más de 30 años.

Friedrich Katz es uno de esos casos en los que el legado que nos deja con sus obras, a pesar de su tamaño, no es lo más importante. Para cualquier historiador de México, incluso para quien comienza a hacer sus pininos, *La guerra secreta en México* o *Pancho Villa* son obras fundamentales para entender el complejo proceso histórico que fue la Revolución mexicana y su importancia en el mundo de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, su calidez y su bonhomía es lo que más nos marca a quienes lo tuvimos cerca. Nunca lo escuché hablar mal de alguien o hacer críticas negativas al trabajo de algún colega. Friedrich podía hacer esa magia que consiste en criticar construyendo y sugiriendo caminos nuevos. “Nunca deje de leer; piense mucho, pero escriba rápido”, me aconsejó alguna vez; y, en otra, riendo, me aseguró que sus obras completas tendrían más tomos dedicados a las cartas de recomendación que a sus obras sobre México. Su generosidad no encontró límites cuando se trataba de ayudar a sus alumnos –sobre todo a los mexicanos– o de compartir su inmenso archivo de fuentes primarias o su biblioteca, y hasta el último día de su vida estuvo dispuesto a pagar el cariño que México le ofreció. Al final, creo que somos nosotros los que quedamos en deuda, y ojalá podamos pagar, con trabajo, con honestidad y con generosidad hacia nuestros estudiantes y colegas todo lo que él nos dejó. Descanse en paz, nuestro amigo y colega Friedrich Katz. ¶